Yo quisiera que mi pluma, torpe por el poco uso que hago de ella, me fuera fiel y supiera dejar impresas en el papel las múltiples ideas que mi pensamiento encierra, y con ellas desahogaría mi mente de esa dulce añoranza que hace revivir las almas sensibles, y, en los sinsabores de la vida, sirve de sedante ante el recuerdo de apacibles horas vividas al regazo de un rincón en donde natura vertió a raudales sus naturales galas.

¡Tan profundo y agradable es en mí tu recuerdo, invicta Rentería!

Pocas son las veces que mis plantas te han pisado; cortas han sido también las horas—¡cuan corto es el vivir cuando bien se vive!—que he respirado tus apacibles brisas, pero han sido las muy suficientes para que mi espíritu se impregnara de tu excelente sabor y reviva en mi memoria constantemente tu silueta de mimadas líneas...

Me he embriagado con tus fragantes auras en el despertar de un claro día, cuando el sol se levanta orgulloso, solo por venir a verte, y esparce sus dorados rayos por las níveas fachadas que pueblan tus calles; cuando brilla en las gotas de rocío, semejando brillantes esparcidos por tu riente campiña, y al esfumarse, con su calor, exhalan un vaho de flores silvestres que flota en la atmósfera como una suave corriente de aire celestial.

He oído el alegre cantar de algún «casero», que, gozoso al ver venir el nuevo día, caminaba por el sendero, avivando con su clásico «aida», «aida» a la pareja de bueyes que relamía sus hocicos al olorcillo de la fresca hierba, camino, todos, hacia la interrumpida labor...

No sólo he vivido en tí el amanecer de la campiña, también conozco el de la Rentería industriosa, el de la Rentería trabajadora: he visto, en hilera interminable, centenares de trabajadores, fuertes, de tez quemada por el fuego que corre por sus venas, fidelísimo retrato de tu hercúlea raza,—dirigiéndose, optimistas, hacia sus talleres, en donde los troqueles, hornos y calderas, trepisan y bullen sin cesar, extrayendo de las primas materias gracias al inagotable sudor de tus hijos, la multitud de riquezas que tan justamente son tuyas.

Conozco, también, la Rentería dominguera; el bullicio de los días de fiesta; acarician todavía mis oídos, los tintineos de plata de las campanas de tu gallarda torre, llamando a los fieles al santo oficio; recuerdo, también—¡oh paradoja!—aquel contínuo cascabeleo de las risas francas y picarescas de tus mujeres, de tus hembras bizarras y simpáticas, de tus mozas de mirar de fuego que subyugan con su eterna sonrisa; las he visto a todas cubiertas sus gráciles líneas con vaporosas sedas, sonreir maliciosas al lado del galán que tanto adoran; las he visto bailar bajo los copudos árboles de tu alameda, y al compás de sus armoniosas contorsiones, mi imaginación se hacía la ilusión de un paraíso...

¡También tus crepúsculos vespertinos han hecho vibrar mi fibra sentimental, galana Rentería!..

Recuerdo tus atardeceres melancólicos, henchidos de ese romanticismo que penetra hasta el fondo del alma más hosca; también yo he paseado mis amores por tus floridas praderas, a esa hora, precisamente, en que los corazones se estrujan vehementes, he sentido ese deseo tan irresistible de amar; he susurrado al oído de mi amada, palabras amorosas, cálidas frases que la hacían soñar, y nuestro idilio se confundía con el de los pajarillos que cruzaban, trinando en todas direcciones, buscando, quizá, su pareja...

He visto como el sol te daba su último beso y las sombras se acercaban mansamente, con el temor de borrar tu belleza, cubriendo con su manto la majestad de tu paisaje; he visto como las innumerables chimeneas que se yerguen cual colosos en el corazón de tu suelo, dejaban escapar perezosamente su última bocanada de humo, cansadas ya de su labor, y he visto como alguna estrella oscilaba en el firmamento, incierta aún de salir, vergonzosa al anunciarte con su presencia la llegada de la negra noche, que con su tupido manto, hace de todo una igualdad.

Yo he vivido en tí, ¡simpática Rentería! horas inenarrables; tu recuerdo vive en mi memoria con tanta intensidad, que tu fisonomía no es fácil se borre de mi imaginación.

Es tan poderoso tu atractivo, que no he podido sustraerme a escribir ante tu retrato estas mal trazadas líneas. Recíbelas de corazón, como yo las envío.

ANGEL GUILLERA GIMENEZ.

Barcelona, 1930.

JACARILLAS

ROMANCE INOFENSIVO

La ronda de «Don Verdades»,
que va visitando el pueblo,
se detiene en la ventana
del Alcalde, y, con respeto,
le endiliga, como quien trova,
un romancillo discreto:
Señor Alcalde: ¿se puede
saber lo que haya de cierto
de un rumor que por la Villa
circula ha bastante tiempo
y según el cual se intenta
darle gusto al maestro
Iraola, haciendo un kiosko
nuevo, bonito y bien hecho?
Nos parece que sería
estupendísimo acuerdo,
y que, sin darle más largas,
se debiera, desde luego,
decidirse por el kiosko
y a las obras dar comienzo...
Otra pregunta inocente:
¿qué hacemos del monumento?
Porque, ¿no estábamos todos
en que era-¡el pobre!-muy feo?
Pero hoy está su pobreza
a todas horas luciendo
en medio de la Alameda
y con su fealdad siendo
el hazme reir de todos,
locales y forasteros...
Y dicen los mal pensados
al mirar al esperpento,
los autos de los turistas,
que el mundo vienen corriendo,
aprietan todos el paso
cual empujados del viento.

KASHKETAS.